

transición



JUAN CARLOS GARCÍA | SALA CARLOS F. SÁEZ

JULIO - AGOSTO 2016





El escultor Juan Carlos García se identifica con el paisaje del interior de la República, consciente de su cotidianeidad en el contexto físico natural, realidad que suele envolverse en una suerte de nebulosa dignificada por grandes titulares para quienes vivimos en un entorno urbano, más próximos a la virtualidad de los medios que a la contundencia descarnada de la tierra. Esta percepción conceptual distante, que oficia en los ciudadanos como un juego imaginario bienintencionado de construcción abstracta, valoriza especialmente por empírica la opinión del poblador de campaña o de su entorno como observador de las mutaciones que el paisaje sufre cíclicamente.

Juan C. García presenta una muestra cargada de significado, narrativa en su abs-

tracción matérica, metafórica de su sentimiento auténtico. Sus propuestas suelen tener un algo de titánico en su despliegue dimensional, materiales y discurso. Hay en él una grandilocuencia que lo lleva a elegir el hierro, la madera y elementos de considerable resistencia como materia prima desafiante, de muy limitada maleabilidad. Enormes paneles de collages, ocasionalmente aspirantes a la figuración, las más de las veces librados a la imaginación afectiva del contemplador. Una suerte de Heracles en su forja de objetos destinados al uso de colosos. En esta ocasión su interés apunta a describir situaciones vinculadas a la modificación del paisaje en desmedro de la naturaleza y en beneficio puntual del interés creado en el mundo y en el país.



Una serie de siete cuadros asociados a los siete pecados capitales relatan la forma en que las sociedades canalizan sus vicios revertidos en su propio perjuicio: la gula, la envidia, la soberbia, la lujuria, la pereza, la ira, la avaricia. Cada una de estas degradaciones relacionadas con la moral cristiana, pero aplicables a principios éticos de carácter general, tiene entre sus consecuencias más o menos directas el deterioro acelerado de nuestro único e irrepetible mundo a manos de un insignificante pero destructivo ser humano. Cada cuadro, indisoluble del resto, contiene un símil de la corrupción de la materia, la putrefacción y la ruptura del orden natural. Tela, papel, alquitrán, pintura,

ceniza, tierra, ramas, fósiles de plantas constituyen la materia prima de estos collages notoriamente volumétricos. La presencia de estos planos verticales es de enfática violencia por el movimiento generado en texturas y en la irradiación de quemaduras en el soporte. Dramáticas representaciones de estados posteriores a grandes cataclismos: conflagraciones, contaminación, sequía, desmoronamientos, agua estancada pútrida. Ausencia de color, con excepción de áridos marrones en escalada hacia el negro del alquitrán y zonas de sucios grises. De la violencia humana al estancamiento de lo muerto y corrompido. Desecho industrial. Chatarra. Silencio.





Pero si el tema se diversifica en la serie de cuadros de lectura en políptico, el planteo realizado en los grandes bastidores se presenta como información concentrada y expresión de feroz profanación de reductos sagrados. De masas matéricas pastosas y enlodadas emergen alineaciones de elementos verticales sepultados en materia putrefacta, metáfora de situaciones que se suceden en el ámbito urbano y aun rural, espacio éste otrora incorrupto, donde el daño ambiental se hace más dramático. Paisajes desplegados a partir de un punto de observación aéreo, en que algunas estructuras derruidas se esparcen sobre un plano anegado, a la vera de un curso de agua estancada, donde se extienden derrames

de materia nauseabunda. Una situación familiar a la memoria local y cuyo origen causal trasciende la eventualidad del imprevisible fenómeno climático, puesto que en retroceso temporal se llega tras varias instancias a la incidencia de una voluntad cuyo objetivo tácito o expreso es la avidez descontrolada. Entre los elementos utilizados para la representación de estos restos de edificaciones se cuentan palos de madera insertos de forma transversal al plano, émulos tal vez de construcciones en altura. Esta imponente obra resulta un collage abstracto de ingente fuerza expresiva: abundante materia adherida al soporte, primacía de grises craquelados y sólo algo más de color entonado. Desolación.

Dos nuevos soportes apaisados de notables proporciones se presentan como planos donde ocurren movimientos a ritmos constantes: pseudo deslizamientos de materia descompuesta, desprendimientos verticales de aguas servidas. Torres de desechos industriales creciendo en medio de flujos cloacales. Casi monocromáticos, sus monumentales bastidores son símiles de altorrelieves volumétricos al punto de la escultura exenta. El collage se expande como una eventración impúdica de la que emana escoria. Los esgrafiados horizontales parecen denotar un impulso continuo ondulatorio, pero densamente descripto; quizá giros conclu-

yentes a la postre en tornados. Monumental. Descompuesto.

Las esculturas, formaciones simbióticas de piedras y materiales industriales de descarte tienen el aire de monumentos megalíticos – crómlech – funerarios, quizá conmemorativos del anonadamiento de la vida, ya que no formaciones rocosas de formas naturalmente caprichosas. Sin duda la imponentia de las estructuras resulta en extremo violenta, con la certeza de lo irreparable. Su áspera verticalidad no deja de invocar imágenes lunares, agresivas soledades de espacios lejanos. Versión instantánea de una realidad escafofrante registrada a enorme distancia de este planeta.







Cada uno de los módulos constitutivos de esta muestra – cuadros, bastidores, esculturas - con sus desbordados contenidos significantes, comunica emociones y mensajes en forma eficiente, resultando de enorme fuerza expresiva y plasticidad prima facie. Toda la muestra responde al habitual carácter titánico de las propuestas de Juan C. García, artista cuyo exigente decir sólo parece completarse mediante el uso de restos de materiales nobles como madera y hierro amalgamados con desechos industriales en gigantescas composiciones organizadas en forma y color,

sea en su versión natural, sea modificados por aplicación de collage, pintura, lijado, cementado o a fortiori elementos cuya naturaleza impone por su carácter basto y resistente, como la piedra. Color y forma se ajustan y entonan con un resultado plásticamente armónico, cuyo contenido significantes disiente de los valores compositivos de la muestra.

Quizá paisajes desérticos lunares. Probablemente espacios terrestres arrasados, que se transitan con estremecimiento.

Silencio.

MARÍA E. YUGUERO

**Ministerio de Transporte
y Obras Públicas**

Sr. Victor Rossi

Subsecretario

Sr. Jorge Setelich

Directora General

Dra. Alba Florio

Curaduría y texto

María E. Yuguero

Asistente de Curaduría

Gabriel Sosa Silva

RRPP Complejo Cultural

Silvia Barbero

Realización de montaje

Dpto. de Coordinación
Mantenimiento Edificio

Diseño de catálogo, afiche y panel

Andréina Morales (Universidad ORT)



Rincón 575 P.B. Montevideo, Uruguay

Tel: 2915 7933 int. 20015

E-mail: salasaez@gmail.com

Web: www.mtop.gub.uy/salasaez



Complejo Cultural del
Ministerio de Transporte
y Obras Públicas

sala de arte
"Carlos Federico Sáez"



MINISTERIO
DE TRANSPORTE
Y OBRAS PÚBLICAS